

# Arana, el gran barón

**Roberto Reyes Tarazona**  
Universidad Ricardo Palma  
rreyes@urp.edu.pe  
Lima, Perú

## Resumen

El auge provocado por la explotación del caucho, o, como algunos denominan “El boom del oro negro” (1880-1910), por su explosiva y breve vigencia, trajo aparejados dos fenómenos polares: uno, la insólita riqueza de los dueños de las plantaciones de la *hevea brasiliensis* y, como contraparte, la miseria de quienes trabajaban en la extracción de la materia prima, sujetos a condiciones de esclavitud e, incluso, sin derecho a la vida. Todo ello transcurriendo en una etapa en que los límites territoriales de la Amazonía de Brasil, Perú, Colombia, Ecuador y Bolivia, eran inestables y sujetos a cambios locales.

En tal contexto, asume un papel protagónico Julio César Arana, un peruano originario de Rioja, uno de los “barones del caucho” más poderosos de entonces. Solo que su auge y reconocimiento internacional se desmoronará cuando se denuncien las escandalosas condiciones de explotación de la población nativa en su imperio, lo que originará el juicio denominado “Los escándalos del Putumayo”.

**Palabras clave:** Señor feudal – cauchero – nativos amazónicos originarios

## ARANA, THE GREAT BARON

### Abstract

The boom caused by the exploitation of rubber, or as some call it “The Black Gold Boom” (1880-1910) due to its explosive and short-lived nature, brought about two polar phenomena: one, the extraordinary wealth of the plantation owners of *Hevea brasiliensis* and, as a counterpart, the misery of those who worked in the extraction of the raw material, subjected to conditions of slavery and even deprived of the right to life. All of this took place during a period when the territorial boundaries of the Amazon between Brazil, Peru, Colombia, Ecuador, and Bolivia were unstable and subject to local changes. In this context, Julio César Arana, a Peruvian native of Rioja, plays a leading role, one of the most powerful “rubber barons” of the time. However, his rise and international recognition would crumble when the scandalous conditions of exploitation of the native population in his empire were exposed, leading to the trial known as “The Putumayo Scandals.”

**Keywords:** Feudal lord – rubber tapper – original Amazonian natives.

La Amazonía, en la actualidad, es motivo de interés creciente por su gran implicancia en el funcionamiento de los sistemas ambientales y la superabundancia de sus recursos, constituyéndose en el centro de controversias entre quienes sostienen la necesidad de protegerla y quienes ven en ella una inagotable fuente de enriquecimiento, procediendo a explotarla sin ningún reparo. Además, como ha ocurrido desde su desvelamiento para Occidente a raíz de la conquista, sigue siendo una gran fuente de interés e intervenciones sociales y económicas, de interminables exploraciones y aventuras, reales o imaginarias.

En los más de cinco siglos transcurridos desde su descubrimiento, este mar verde ha pasado por diversas etapas. Una de ellas, la denominada época dorada del caucho, u “oro negro”, abarcó apenas el último tercio del siglo XIX y la primera década del siglo XX; mas, a pesar de su rápida declinación, sigue provocando el interés de historiadores y novelistas, no obstante haber transcurrido más de un siglo desde su caída como fuente de riquezas. Una de los principales hitos para su atención o evocación en los textos de estudio social o en las novelas y cuentos centrados en la Amazonía, es la forja de una gran ciudad, una singularísima urbe en medio de la selva.

Se trata de Manaus, un simple poblado de casuchas levantado por los colonizadores portugueses en el siglo XVI, la cual, gracias a la explotación del caucho, a fines del siglo XIX se convirtió en una ciudad de ensueño. Un modelo de ciudad copiado de las grandes urbes europeas. Richard Collier, en su novela *Jaque al barón*, describe algunos rasgos de Manaus

A través de los pantanos de Río Negro trazaron calles de cien pies de ancho, según un modelo cuadrículado de este a oeste, cruzadas por avenidas que corrían rectas como flechas hasta el borde de la selva y pavimentadas con adoquines,

traídos de Portugal (...). Postes de alumbrado eléctrico sustituían a las humeantes lámparas de querosene de antaño. Al lado de éstos, desfilaban en las amplias avenidas una muralla de umbrosos árboles cortados como por un barbero: higueras, ricinos, jacarandás y perfumados eucaliptos de Australia. (1981, pp. 26-27).

A estas referencias, Collier va sumando o dando referencias de algunas otras características de Manaus, la ciudad desde la que Julio César Arana daría el salto para la creación de su imperio. Así, se refiere a la Casa de la Ópera, construcción que replicaba la Ópera de París en todos sus detalles y, en donde, entre otros aspectos, apunta que “los maestros eran persuadidos a dirigir con batutas enchapadas de oro”. Volviendo a lo urbanístico, dice: “el sistema de tranvías donados por los americanos era, por entonces, superior a los de muchas ciudades de los Estados Unidos”, luego, que sus joyeros “satisfacían la demanda de diamantes más elevada del mundo” y “El Gran Hotel Internacional constaba de 150 habitaciones, siendo considerado el más admirable de la cristiandad”. A ello suma un largo recuento de otras características de Manaus, que por entonces poseía “un hipódromo, una plaza de toros, treintaiséis médicos de moda, veinticuatro bares...” (p. 27).

La magnificencia de la urbe brasileña será resaltada en los múltiples textos que la describirán en el futuro; desde novelas, como la mencionada *Jaque al Barón*, además de *El bosque que llora*, de Vicki Baum, *Manaos*, de Alberto Vásquez-Figueroa, *La Vorágine*, de Eustasio Rivera, *El sueño del celta*, de Mario Vargas Llosa, por mencionar algunos de los más renombrados escritores que la han tomado como eje de sus ficciones, hasta los innumerables textos de historiadores y cronistas que recrearon la época dorada de los caucheros.



Siguiendo el modelo de Manaus, aunque nunca con la magnificencia de sus edificaciones, se sumaron otros centros urbanos, como Iquitos en nuestro país, que, de ser un insignificante poblado en su fundación, en la época de auge de la explotación del caucho se convirtió en una ciudad moderna, con residencias lujosas y edificaciones singulares, como el edificio de hierro fundido construido por la empresa Eiffel, la misma que había erigido la emblemática Torre parisina que llevaría su nombre de manera impecable.

Pero, asociada a la transformación de una ciudad pequeña en una urbe con edificios suntuosos, como lo fue Manaus en Brasil e Iquitos en nuestro país –aunque a otra escala–, en la que sus habitantes llevaron a cabo acciones de derroche que parecen fantasías de mentes afebradas, la evocación de la legendaria época del caucho también conduce a las denuncias de explotación cruel e inhumana de las poblaciones nativas, sucesos que alcanzaron el carácter de un genocidio.

De esta manera, al extremo opuesto del esplendor de Manaus y las otras ciudades que buscaban seguir su ejemplo, y el disfrute de la vida de los dueños de las plantaciones de *hevea brasiliensis*, los “barones del caucho”, como los denominaban muchos cronistas de la época, en su punto más crítico se encuentra lo que la prensa internacional denominó “La masacre del Putumayo”; suceso que ocurriera en la zona amazónica de nuestro país, y que tuvo como protagonista a Julio César Arana.

Cuando empieza a crecer la demanda del caucho en los mercados internacionales, sobre todo a causa de su utilidad en la fabricación de llantas para los recientemente inventados vehículos a motor, los automóviles, la necesidad de mano de obra para obtener la materia prima, derivada de la savia de los árboles originarios de la

Amazonía, se convierte en una demanda más y más apremiante.

En principio, los exportadores del caucho reclutaban a trabajadores provenientes de los poblados amazónicos, aplicando fórmulas que aprovechaban las necesidades de los mismos, empleando principalmente la modalidad del “enganche”. Mediante el adelanto de dinero o de bienes, los caucheros “enganchaban” a los trabajadores, que asumían deudas prolongadas indefinidamente. Después, a medida que la demanda se fue haciendo más y más exigente, las formas de sujeción y explotación se tornaron más duras, provocando reparos crecientes entre los trabajadores de los pueblos amazónicos, quienes poco a poco empezaron a emigrar a otros lugares en busca de labores menos duras.

A esto se suma el que para encontrar nuevos árboles de caucho se iba demandando el internamiento en zonas cada vez más alejadas de los centros poblados o emplazamientos en los establecidos por los dueños de las plantaciones. Esta situación va a conducir a la necesaria utilización de mano de obra indígena proveniente de etnias originarias, con escasa o nula familiaridad en el empleo del dinero. Uno de los primeros que se dedica al reclutamiento de la población de boras, huitotos, andoques y nonuyas, aplicando prácticas que representaron al final una forma de esclavitud, fue Julio César Arana.

Arana, riojano de nacimiento, fue en su juventud productor y comerciante de sombreros, actividad heredada de su padre que seguía una tradición muy antigua en su región. Mas, pronto dio un salto a otra ocupación más rentable, como lo era la comercialización del caucho, actividad en la que aplicó su gran capacidad de trabajo, sagacidad en las transacciones y ambición sin límites. Dice Collier:

En muchos parajes como estos –el Yavarí, el Purús, el Acre–, Julio era el comerciante pionero y proporcionaba todo, desde conservas a los caucheros hasta colonia francesa a sus amantes mestizas, por un pago final en caucho aún sin recolectar. (1981, p. 47).

Finalmente, establece como zona de trabajo principal la región bañada por el río Putumayo, un área fronteriza entre Colombia y Perú, en la cual eran frecuentes los choques entre las poblaciones de ambos países, produciéndose incluso conflictos a nivel estatal.

Al respecto, cabe precisar que, hasta principios del siglo XX, la delimitación de los países que compartían las fronteras amazónicas era imprecisa, situación que se torna más problemática y crítica a medida que aumentan las posibilidades de enriquecimiento debido al caucho, situación alimentada por la escasa –y a veces nula– presencia del Estado. De manera que las disputas no se debían tanto a cuestiones de soberanía como a la ocupación de zonas con mayor o menor abundancia de especies factibles de producir la savia utilizada para la producción del caucho. Por todo esto, las localidades limítrofes entre Brasil, Bolivia, Perú, Colombia y Ecuador, terminaron siendo muchas veces escenario de conflictos armados, aunque rara vez –en esta etapa– alcanzaron el nivel de luchas entre ejércitos regulares. Quienes usualmente se enzarzaban en hostilidades eran los “barones del caucho”, dueños de ejércitos particulares. Por ello, los límites cambiaban según las victorias o derrotas alcanzadas por estos señores feudales selváticos.

El establecimiento de Arana y sus actividades extractivas en la región del Putumayo tenía el río de este nombre como límite natural con Colombia. De hecho, recién en 1904 Colombia y Perú empezaron negociaciones diplomáticas para establecer la demarcación formal de la zona. El acuerdo esperado duró algunos años, razón por la cual, entretanto, la

zona se convirtió en “tierra de nadie”, sujeta al poder de los amos caucheros.

Antes de la incursión de Arana en el territorio, este se hallaba ocupado por pequeños o medianos caucheros colombianos y peruanos, a quienes él, gracias a diversas maniobras financieras logró endeudarlos para, primero, condicionarlos a asociarse con su empresa y, luego, comprarles sus propiedades a precios exigüos. Así, “Para diciembre de 1905, Arana había adquirido alrededor de 12,000 millas cuadradas en la zona del Putumayo al irrisorio costo total de 116,700 libras esterlinas” (Pennano, 1981, p. 11).

Dueño ya de una extensa y rica zona que le posibilitaba ser el amo de la región, Arana procedió a crear la “Peruvian Amazon Rubber Company”, empresa que logró la participación de accionistas ingleses, pudiendo constituirse así en una empresa con capital financiero inglés, con sede en Londres.

En el Putumayo, la administración central de sus múltiples propiedades se ubicaba en los puestos “La Chorrera” y “El Encanto”, contando con unos 500 celadores dedicados a vigilar y controlar el trabajo de los nativos, obligados a recolectar el caucho por diversos medios, a cual más cruel. Este personal, en su gran mayoría de ascendencia africana, procedía de Barbados, isla de las Antillas, por entonces colonia del Reino Unido. Su reclutamiento masivo había sido facilitado porque la empresa de Arana era formalmente inglesa.

La violencia que los barbadenses empezaron a ejercer sobre los nativos recolectores de la goma no tenía límites, aplicando severos e inauditos castigos, torturas que llegaban a mutilaciones y hasta la muerte de quienes no cumplían con las órdenes dadas para la obtención de los resultados esperados. Los salarios de los barbadenses y de los administradores en general respondían al sistema creado por Arana, basado



en lo recolectado por los nativos. Estimulados por este condicionamiento, se dice que el vil trato que debieron soportar los indígenas de la zona provocó la muerte de unos 30 000 seres humanos.

La explotación, cuando no esclavitud de los indígenas de la región amazónica en la época de recolección del caucho, no era algo que solo realizara Arana. Antes que él y en la misma época de sus actividades, el abuso y la masacre de los indígenas se había constituido en una práctica común. Lo singular del caso de Arana se debió a la escala de su aplicación, por haber rebasado los usuales límites de estos abusos. Además, el que dichos actos llegaran al conocimiento de la colectividad internacional.

Las denuncias de estos actos no partieron de las autoridades o de alguna entidad de nuestro país. Todo lo contrario. Para algunos investigadores, el gobierno peruano no solo hizo oídos sordos a las primeras denuncias locales sino fue cómplice de las acciones de los caucheros, y de Arana en particular.

Carlos A. Valcárcel, el juez que intervino en el proceso efectuado a Arana, señala en el prólogo de su libro *El proceso de Putumayo y sus secretos inauditos* (1915):

Con motivo de mi intervención en el juicio por los crímenes del Putumayo, he sido objeto de los ataques más violentos, y aún se me ha hecho imputaciones criminales, viéndome arrastrado ante los tribunales de justicia; y suspenso, durante siete meses, de mi cargo de juez: habiendo tenido, a pesar de todo, la calma suficiente para no decir nada sobre dicho proceso (...) las órdenes de prisión libradas por mí, en estricta justicia, contra algunos de los directores de la "Peruvian Amazon Company" las he dictado, solamente, para satisfacer los deseos de un país extranjero (Inglaterra); y para favorecer las pretensiones de Colombia, sobre esa región. (Pp. I-II).

En la época que estamos examinando, ocurrían en la selva sur hechos de alguna manera similares, aunque no al nivel de salvajismo de los ocurridos en la zona del Putumayo. Si alguien pudo compararse en poderío y figuración en la selva, ese es Fermín Fitzcarrald, cuyas actividades de explotación de caucheros se desarrollaron esencialmente en Madre de Dios, en la zona limítrofe con Bolivia y en el Acre. Tal vez su inesperada muerte impidió que llegara a los abismos a que llegó Arana.

Pero ¿qué denuncias acogió el Proceso del Putumayo?, ¿qué mostró para constituirse en una noticia internacional? ¿Por qué tuvo una repercusión tan extraordinaria?

El caso es que, tanto poder y dinero acumulado por Arana, provocó, como es inevitable, la aparición de enemigos surgidos por diversas causas, buenas y malas. Desde competidores, ex aliados y desplazados, hasta enemigos políticos. A ellos convergieron autoridades peruanas locales menores y periodistas y políticos que veían horrorizados el desempeño de Arana para el logro de sus fines, pero que no habían presentado denuncias en regla.

En 1906, en el periódico La Sanción, de Iquitos, empezaron las primeras denuncias del régimen de esclavitud y las malas prácticas llevadas a cabo por la empresa de Arana. Al poco tiempo, como señala Guido Pennano en el prólogo a la novela de Collier sobre Arana: "En Iquitos hubo una cierta reacción popular en contra de la forma cómo se exterminaba a los nativos" (1981, p. 12). Meses después, además de los comentarios críticos sobre la explotación de los indígenas en el periódico local La Felpa, aparece otro reportaje dentro de la misma línea en el *Jornal del Comercio*, de Manaus.

Estas denuncias llegaron a la capital, provocando obvias controversias a favor y en contra. Pero el detonante mayor fue la intervención del gobierno colombiano, cuestionando el *modus*

*vivendi* imperante en la zona, y notificando al gobierno peruano su propósito de ejercer jurisdicción en el Putumayo.

Ante tal situación, imposible de obviar, se abren las puertas a más denuncias, que llegan incluso a publicaciones inglesas. Dice Pennano:

Al poco tiempo el ingeniero norteamericano W. Hardenburg logró publicar una serie de artículos en la revista británica *Truth* en la que relataba una serie de atrocidades que se cometían en la zona cauchera controlada por Arana. Estos artículos produjeron una reacción de malestar muy grande en Inglaterra y el gobierno británico decidió enviar a su Cónsul en Río de Janeiro, Roger Casement, para que investigase la situación y participación de los súbditos británicos –500 negros barbadenses– en las atrocidades relatadas por Hardenburg (p.12).

Las denuncias alcanzaron un nivel de escándalo internacional, en el que nuestro país fue el centro de las críticas. Internamente, Arana, quien en el periodo 1902-1903 había sido alcalde de Iquitos, y contaba con muchos contactos y apoyo de figuras políticas de nuestra política, pudo bloquear las investigaciones nacionales, mas no así las internacionales, como fue el caso de la Sociedad Británica Anti-esclavista. La indagación de mayor peso y repercusión acerca del desempeño de la empresa de Arana en el Putumayo la llevó a cabo el cónsul Roger Casement, en cual presentó al detalle las atroces acciones de la empresa de Arana.

No obstante ello, debido al poder económico e influencias políticas de Arana, la situación interna no alcanzó grandes proporciones. El diario *El Comercio*, cuando las noticias de las masacres del Putumayo daban la vuelta al mundo en diversos medios, dedicándoseles primeras planas y extensos comentarios, se limitó a presentar en primera plana una información mediatizada y, al día siguiente,

una breve nota interior del diario. Luego, prácticamente, nada.

Carlos Valcárcel, en *El proceso del Putumayo y sus secretos inauditos*, cuestiona la postura del Estado y de los personajes que apoyaron a Arana, a pesar de las atrocidades de que era responsable. Dice:

A muchas personas, les he oído decir en el Perú, que por patriotismo, no se debe decir la verdad en la cuestión del Putumayo: y yo creo, que, precisamente, por patriotismo, se debe decir la verdad al respecto, porque creo, que esa es la única defensa posible para el Perú; porque tengo la convicción íntima, que esa es la única manera de vindicar nuestra patria ante las naciones extranjeras (p. III).

Como resultado del escándalo internacional, y, sobre todo, el repudio de los accionistas ingleses, la empresa de Arana empezó a naufragar, golpeada desde diversos frentes, incluso provenientes de su personal. De modo que, pese a sus esfuerzos por mantenerse a flote, finalmente debió declararse en quiebra. Así, el 27 de setiembre de 1911 se inició la liquidación de la empresa.

En el Perú, como es casi una tradición, Arana no fue condenado y apartado de roles de representación política debido a su responsabilidad por los horrores cometidos por su personal en el Putumayo, y, más bien, durante el gobierno de Leguía, el presidente propulsor de la “Patria Nueva”, fue designado senador por Loreto para el periodo 1922-1929.

## Conclusiones

El surgimiento de Manaus, en Brasil, como la ciudad más importante de la Amazonía desde fines del siglo XIX, aunque luego, con una etapa de estancamiento, y su conversión en metrópolis en la actualidad, tuvo su origen



en la riqueza proveniente de la explotación del caucho.

Los extraordinarios ingresos provenientes del caucho se llevaron a cabo debido a la explotación de las poblaciones de las etnias originarias. Uno de los casos más notorios de enriquecimiento y poder, que alcanzó a constituir su sede empresarial en Londres, fue el de Julio César Arana. Este “barón del caucho”, nació en Rioja en el seno de una modesta familia de productores de sombreros de paja.

Julio César Arana, uno de los “barones del caucho” peruanos más adinerados y poderosos, pero a la vez más despiadados en el trato a las poblaciones amazónicas originarias, fue denunciado y, a continuación, juzgado por organismos internacionales, perdiendo su prestigio y riquezas, situación que coincidió con la decadencia de las exportaciones del caucho originario de la Amazonía. Sin embargo, a nivel nacional, protegido por los políticos peruanos y la prensa, una década después de su descrédito internacional pudo ser elegido senador, gracias al apoyo de los diversos agentes conservadores enquistados en la conducción del país.

## Referencias bibliográficas

- Baum, V. (1952). *El bosque que llora*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Collier, R. (1981). *Jaqué al Barón. La historia del caucho en la Amazonía*. Lima: Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica.
- Pennano, G. (1981). *Jaqué al Barón. La historia del caucho en la Amazonía* (prólogo). Lima: Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica.
- Rivera, J. E. (1945). *La Vorágine*. Buenos Aires: Sociedad Editora Latino-americana.
- Valcárcel, C. A. (1915). *El proceso del Putumayo y sus secretos inauditos*. Lima: Imprenta “Comercial” de Horacio La Rosa & Co.
- Vargas Llosa, M. (2010). *El sueño del celta*. Lima: Santillana.
- Vásquez-Figueroa, A. (1975). *Manaos*. Barcelona: Plaza & Janés.

Recibido el 19 de septiembre de 2024

Aceptado el 25 de octubre de 2024